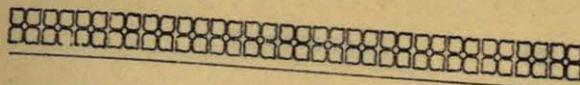


su compra de la vispera en Monte-Carlo, y todas las angustias de sus escrúpulos se fundieron en una ansiedad suprema, que le hizo decir en alta voz al llegar á su habitación:

—¡Lo sabe todo ¡Estoy perdido!



IV

CAPRICHOS DE ENAMORADO

La carta que de tal modo acababa de llevar al colmo la inquietud de Pedro representaba el primer acto de un plan imaginado por la señora de Brión para romper en seguida, de un modo irreparable, el porvenir de un sentimiento en el que su perspicacia de amiga entreveía terribles dolores, un drama posible, una catástrofe cierta. Durante las horas que siguieron á la apasionada y repentina confidencia de la señora de Carlsberg había pensado que, si no conseguía separar inmediatamente á aquellos dos seres, precipitados el uno hacia el otro por instintivo arranque, el joven no tardaría en saber la naturaleza de sus sentimientos que inspiraba á la mujer objeto de su pasión. Precisos eran toda su ingenuidad, todo su candor, para que ya no lo hubiera adivinado. Pero ¿qué sucedería el día en que él conociera la verdad? Por sencilla y cándida que fuese, Luisa Brión no podía menos de dar á tal pregunta su verdadera respuesta. Confesado su amor, Ely iría hasta el límite de su pasión.

En su confidencia había revelado, de un modo in-

dudable, la indómita audacia de su carácter, su necesidad de vivir en la lógica absoluta de sus pasiones. Llegaría á ser la querida del joven. Aunque la conversación de la víspera hubiera impuesto á Luisa la evidencia de las faltas ya cometidas por su amiga, ni su corazón se habían habituado á la idea de las mismas, y la sola idea de aquella unión la producía un gran frío, casi horror. Pasó toda la noche pensando en el medio de provocar el único suceso en el que veía la salvación de Ely: la partida voluntaria de Hautefeuille. Su primer impulso fué hacer un llamamiento á la delicadeza de éste.

El retrato moral que de él había trazado la señora de Carlsberg, su interesante rostro, su leal mirada, la inocencia de su acción, propia de un enamorado, al comprar la petaca de oro, todo revelaba en él una exquisita finura de naturaleza. ¡Si ella tenía el valor de escribirle sencillamente una carta sin firma, en la que le hablase de dicha acción, de aquella compra, que pudo ser observada, que fué vista, sin duda por otros además de ella!... ¡Si á este objeto le suplicaba que se alejase, invocando la tranquilidad de la señora de Carlsberg! En el curso de aquella noche de insomnio había ensayado escribir la carta sin conseguir una redacción que le agradara. ¡Era tan difícil redactarla sin que en el fondo se viera esta confesión: «¡Aléjese usted, porque ella le ama á usted!» Por la mañana, al despertarse del tardío sueño que había terminado aquella noche de angustia, un azar vulgarísimo, en el que su piedad vió algo de providencial, la dió un pretexto inesperado para insistir, no cerca del joven, sino cerca de la señora de Carlsberg de un

modo directo. Recorriendo en su lecho distraídamente uno de los periódicos de la Rivière, eco del snobismo internacional, que indica el nombre de todos los vagabundos de la alta sociedad, había encontrado el anuncio de la llegada al Cairo de M. Olivier Du Prat, secretario de Embajada, y de su mujer, y se levantó al momento para mostrar á Ely aquellas dos líneas que daban una noticia mundana tan insignificante, y, sin embargo, tan amenazadora para Ely.

—Si están en el Cairo—dijo á la Baronesa—, es que su viaje por el Nilo ha terminado y que piensan en su regreso. ¿Cuál es el camino más natural? De Alejandría á Marsella. Y en Marsella, estando tan cerca de su amigo, ese hombre querrá volverle á ver.

—Es verdad—había respondido Ely después de haber leído, en el periódico las letras que componían este nombre: Olivier Du Prat, que la produjeron profundísima emoción—. Es verdad. Se volverán á ver.

—¿Estaba yo en lo cierto ayer?—había dicho Luisa Brión—; ¿comprendes lo que te pasaría de no haber tenido la fuerza necesaria para dominar ese sentimiento? ¿Ves lo que te sucederá mañana si no concluyes esto para siempre?

Y había continuado desarrollando, con la elocuencia de una amistad temblorosa, un plan de conducta que acababa de aparecer repentinamente en su cerebro, como el más prudente y eficaz.

—Preciso es aprovecharte de la ocasión que él te ofrece, pues nunca la tendrás mejor. Es necesario que tú misma hagas que ese joven venga y que le hables de la compra de anoche. Le dirás que otras personas han notado; le mostrarás tu asombro y su indiscre-

ción. Le dirás que su asiduidad ha sido advertida. En nombre de tu reposo y de tu reputación le ordenarás que se aleje. Un poco de firmeza durante un cuarto de hora, y todo habrá terminado. No será el que tú me has pintado, el que yo creo que es, si no obedece tu deseo. ¡Ah, créeme! La única manera de amarle es salvarle de ese drama, que no es solamente posible y lejano, sino que es inevitable y está muy próximo!

Ely escuchaba sin responder. Combatida por la terrible sacudida de sus confidencias de la noche anterior, sentíase sin fuerzas contra la sugestión de una ternura que invocaba, para combatir su amor, á este amor mismo.

Hay, en efecto, en los sentimientos muy completos un instintivo y violento apetito de las resoluciones extremas. Cuando dichos sentimientos no pueden satisfacerse de un modo absoluto en la extrema dicha, sienten una especie de aplacamiento en la desgracia entera. Llenando toda nuestra alma, la llevan toda entera, sin cesar, hacia los dos polos del éxtasis ó de la desesperación, sin detenerse nunca en las soluciones medias. Llegada á aquella etapa de su pasión, era preciso de toda necesidad, como Luisa Brión había visto claramente, ó que la baronesa Ely llegase á ser la querida del joven, ó que pusiese entre ella y él lo irreparable de una ruptura antes de las relaciones, secreta novela de tantas mujeres honradas ó galantes. ¡Sí! ¡Cuántas mujeres, en un delirio de renuncia á su amor, han abierto de tal modo un abismo entre ella y el sér idolatrado en silencio, que jamás ha sospechado ni esta idolatría, ni este sacrificio! A las unas, las inocentes, el remordimiento anti-

cipado de su propia debilidad ha dado esta energía; las otras, las culpables, han sentido lo que con tanta fuerza sentía la señora de Carlsberg, la imposibilidad de borrar el pasado, y han preferido el martirio exaltado del sacrificio á la triste amargura de una dicha sin cesar envenenada por los atroces celos de aquel indestructible pasado. Otra influencia acababa de disolver el espíritu de rebelión de la joven. Extraña á todo sentimiento religioso, no daba, como su amiga, un carácter providencial á aquella vulgarísima casualidad: el encuentro en un periódico del nombre de un diplomático en viaje. Pero por efecto de su misma incredulidad tenía ese fatalismo inconsciente que es la última superstición de los incrédulos. Al ver ante ella impreso aquel nombre, Olivier Du Prat, después de su conversación de la noche anterior, había sentido la impresión de un presentimiento más difícil de combatir que el peligro real para ciertas naturalezas como la suya, todas decisión y acción.

—Estás en lo cierto—había respondido con ese acento de las resoluciones irremediables—; le veré, le hablaré, y todo terminará para siempre.

Y tomada esta resolución de un modo enérgico, había llegado á Cannes la tarde del mismo día acompañada por la señora de Brión, que no había querido abandonarla, y casi al dictado de su fiel amiga, apenas llegaron, escribió é hizo llevar á su destino la carta cuya lectura había acabado de excitar á Pedro. Seguramente la Baronesa estaba resuelta á seguir el camino que se ha indicado, y, no obstante de poder leer hasta el fondo de su alma, hubiera reconocido

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA V. A. N. E.

la fragilidad de aquella resolución y hasta qué punto las ideas de amor se posesionaban de ella. Apenas acababa de escribir á aquel de quien quería separarse para siempre, en el mismo sitio y con la misma tinta escribía dos cartas á las dos personas de las que era confidente y hasta algo cómplice: á miss Florencia Marsh y á la marquesa Adriana Bonnacorsi, invitándolas á almorzar para el siguiente día, obedeciendo así á ese profundo instinto que arrastra á la mujer que quiere y que sufre á buscar á las mujeres que aman también, y con las que puede hablar de cosas que se refieren al sentimiento, á la dicha que las anima; personas que la consolarán en su desdicha si les habla de ella, y á las que comprende y por las que será comprendida. Generalmente, y como había dicho la víspera, las vacilaciones de la sentimental y temerosa italiana la cansaban, y en la pasión de la americana por el preparador del Archiduque entraba un elemento de reflexivo positivismo que no se avenía con la natural fogosidad de Ely. Pero la viuda y la soltera eran dos mujeres enamoradas, y esto bastaba para que en el momento de su mutilación moral sintiese la Baronesa una dulzura, casi una necesidad de verlas. Y no sospechaba que tal invitación, tan impulsiva y natural, provocase entre ella y su marido una escena violenta, ni que una lucha conyugal siguiera á aquel acto, lucha cuyo último episodio debía influir trágicamente en aquella pasión que comenzaba y á la que había jurado renunciar.

Llegada á Cannes á las tres de la tarde, no vió al Archiduque en todo el resto del día. Sabía que estaba encerrado con Marcel Verdier en el laboratorio y no

se asombró, como tampoco al verle aparecer, á la hora señalada para la comida, acompañado de su ayudante, el conde de Laubach, el espía profesional de Su Alteza, sin que la preguntase por su salud y sin que la dirigiese pregunta alguna acerca del modo como había pasado aquellos diez días. Había sido el Príncipe en su juventud uno de los más atrevidos y más gallardos caballeros de un país que los cuenta incomparables, y el antiguo militar se revelaba en el monomaniaco por la ciencia en un cuerpo esbelto á pesar de que se acercaba á los sesenta años; en un tono de mando que conservaban sus menores inflexiones de voz; en su faz marcial, donde se veía la cicatriz de un glorioso sablazo recibido en Sadowa; en sus largos bigotes, completamente grises sobre una tez roja. Pero lo que no se olvidaba cuando se había visto una vez á aquel hombre, eran sus ojos, muy azules, muy claros y de una inquietud casi salvaje, bajo unas cejas muy rubias, casi rojas y espesísimas. El Archiduque tenía la costumbre original de llevar siempre, hasta con traje de etiqueta, fuertes botines que le permitían, así que terminaba la comida, salir á pie, acompañado, ya de su ayudante de campo, ya de Verdier, para interminables paseos nocturnos. Prolongábalos á veces hasta las tres de la mañana, no encontrando otro medio de proporcionar un poco de sueño á sus nervios enfermos. Esta nerviosidad se notaba en sus manos, muy finas, pero quemadas por los ácidos, y deformadas por las herramientas del laboratorio, los dedos de las cuales se crispaban sin cesar con desordenados movimientos.

En todos sus gestos, además, se podía adivinar el

rasgo dominante de su carácter; la falta de firmeza moral que no tiene nombre preciso; la incapacidad para permanecer en una sensación ó arranque cualquiera. Este era el secreto de la enfermedad singular que aquel hombre, tan distinguido por otros lados, esparcía en torno, y que sufría el primero. Comprendíase que en manos de aquel hombre, tan extrañamente irritable, toda empresa debía salir mal, y que una especie de frenesí interior é irresistible le imposibilitaba para ponerse en armonía con ningún medio, ninguna circunstancia, ninguna necesidad. Aquella naturaleza superior era incapaz de adaptación.

Tal vez el secreto de aquel desequilibrio íntimo residía en el pensamiento, fijo en él, de haber estado en una época tan cerca del trono, y estar separado de él para siempre; de haber visto cometer irreparables faltas de política y de guerra; de haberlo sabido en el momento mismo, y no haberlo podido evitar. También, según se decía, al principio de la guerra de 1866, había trazado un plan de campaña que tal vez hubiera cambiado la faz de Europa en esta última mitad del siglo. En vez de esto, él tuvo que arriesgar su vida para la ejecución de maniobras, cuyo descalabro seguro prevía. Todos los años, cuando llegaba el aniversario de la célebre batalla en que fué herido, poníase materialmente loco durante cuarenta y ocho horas. Y también le pasaba cosa parecida cada vez que en su presencia era pronunciado el nombre de algún gran revolucionario militante.

No se perdonaba el Archiduque la debilidad por la que continuaba gozando de todos los beneficios propios de su título y su rango, ahora que su gusto

por las teorías abstractas y los rencores de su mal destino habíanle llevado á participar de las peores convicciones del socialismo anarquista. Prodigiosamente instruido, gran lector y gran orador, parecía como que se vengaba de sus propias inconsecuencias de conducta y de voluntad con la agudeza de su crítica. No salía de su boca palabra de admiración que no fuese acompañada de alguna denigrante y cruel reserva. Sólo las rebuscas científicas y sus inquebrantables certezas parecían comunicar á aquella desordenada inteligencia algún reposo y como una base firme. Desde la época en que sus diferencias con su mujer habían terminado en aquella especie de divorcio moral impuesto de lo alto, aquellas investigaciones científicas le habían absorbido aún más. Retirado en Cannes, donde le retenía un principio de asma, trabajó tanto, que se había convertido en profesor de aficionado que era, y una serie de descubrimientos importantes sobre electricidad le habían dado una semigloria entre los especialistas en tal materia. Sus enemigos esparcieron el rumor, de que Corancey se hizo eco, de que había sencillamente publicado con su nombre los trabajos de Marcel Verdier, un antiguo discípulo de la Escuela Normal, ayudante en el laboratorio del Archiduque desde hacía algunos años. Hay que hacer al Archiduque la justicia de confesar que aquella calumnia no enfrió el afecto entusiástico y celoso que el extraño hombre sentía por su ayudante. Un último rasgo del carácter de aquel sér desigual, incierto, y por consecuencia, profunda y apasionadamente injusto, era el no sentir más que con pasión. La historia de sus relaciones con su mu-

jer era la historia de su vida, gastada por completo en alternativas de simpatía exagerada y antipatía desordenada para las mismas personas, y sin otra causa que la de no poder dominar su genio, imposibilidad que había hecho de él, con tantos dones de inteligencia, un tirano temido y profundamente desdichado, y para plagiar á Corancey su epigrama vulgar, pero muy justificado: «El gran Roído del Gotha.»

La señora de Carlsberg tenía una larga experiencia del carácter de su marido para no conocerle admirablemente, y había sufrido mucho con tal motivo para no ser soberanamente injusta en este punto. El mal genio es, de todos los defectos, el que con menos gusto perdonan las mujeres á un hombre, tal vez porque es el más contrario á la más viril de las virtudes: la constancia. Era demasiado astuta para no leer sobre aquel rostro la próxima tempestad, como los marineros en el aspecto del cielo y del mar. Cuando la noche de su regreso á Cannes se encontró sentada á la mesa frente á su marido, no la costó gran trabajo adivinar que no se terminaría la comida sin alguna de aquellas palabras feroces, con las que él aliviaba sus malas horas. A la primera mirada que le dirigió, comprendió que él se sentía agraviado por ella. ¿Qué agravio? ¿Había sabido ya por aquel infame Judas, de maneras felinas, lo del juego de la vispera, y por una de esas rebeliones del orgullo que tan habituales le eran, se preparaba él, el Príncipe demócrata, á hacerla comprender que aquellas costumbres de la bohemia no convenían á su rango? ¿Estaba incomodado—tampoco la hubiese asombrado esta contradicción—de que ella hubiese permane-

cido en Monte-Carlo toda la semana, sin dar señales de vida y sin avisar su regreso? La Baronesa tenía el alma llena del disgusto de su resolución y esa especie de insensibilidad que sigue á las angustias morales. Así es que durante la comida no hizo caso de las frases amargas con que el Archiduque, dirigiéndose á la señora de Brión, ultrajó á todo Monte-Carlo, á las mujeres de mundo, á los franceses de la costa y á la colonia extranjera, á la gente rica, en fin, y á toda la sociedad. La servidumbre iba y venía en torno de la mesa, y sus calzones cortos, sus medias de seda, sus empolvadas pelucas, daban por contraste á las palabras del amo de aquella casa de príncipes una inexpresable ironía.

El ayudante de campo, con una mezcla de política y de perfidia, respondía á las brutalidades del Archiduque en el sentido que más podía exasperarle, mientras que la señora de Brión, cada vez más roja, sufría aquel asalto de insolentes sarcasmos con la idea de que se sacrificaba por Ely, que apenas se dignaba prestar atención á las inconveniencias de su marido.

—¡Sus placeres! He ahí lo bastante para juzgar á ese mundo. En ellos se ve la tontería y la infamia de los plutócratas. ¿Sus mujeres? Se divierten como bribonas, y ellos como bribones. Esos impuestos, esas leyes, esos magistrados, esos ejércitos, ese clero, todo ese aparato social que trabaja en provecho de los ricos, ¿para qué sirve? Para proteger una crápula dorada, de la que tenemos la muestra mejor en esta costa. Admiro la inocencia de los socialistas, que hablan de reformas ante aristocracias de esta clase. Un miembro gangrenado se corta ó se quema sencii-

llamente. Por fortuna, la debilidad y la necedad de las clases que dirigen están en camino de mostrarse con una tan maravillosa ingenuidad que el pueblo lo verá bien claro, y á un ademán de los millones de obreros que alimentan ese puñado de parásitos... reiremos, ¡ah! vaya si reiremos. Con la ciencia eso será fácil. Haced de todos los hijos de los proletarios electricistas y químicos, y en una generación está el asunto concluido.

Cuando profería declaraciones de este género, el Archiduque miraba en torno con expresión tan amenazadora, que no se pensaba en sonreír ante sus exageraciones, tan cómicas como ineficaces en aquella decoración de la elevada sociedad. Los que conocían la historia contemporánea recordaban una leyenda, por lo demás calumniosa, que asociaba el nombre del Archiduque rojo á un misterioso atentado dirigido contra el jefe mismo de su familia.

El sueño sanguinario de un cesarismo demagógico estaba muy impreso en sus ojos crueles, que no miraban frente á frente más que para amenazar, y se sentía uno en presencia de un tirano á quien sólo había faltado la ocasión. De ordinario, cuando había lanzado algunas siniestras amenazas, nadie le respondía, y la comida continuaba en un silencio de fastidio y opresión, de que el déspota gozaba por algunos momentos. Algunas veces sucedía que, después de arrojar su bilis, mostraba el lado seductor de su naturaleza, la lucidez extraordinaria de su inteligencia y su inmensa erudición de las cosas de actualidad. Aquella noche, sin duda, estaba atormentado por alguna inquietud particular, pues nada dijo hasta

el momento en que, vuelto al salón, una frase de la señora de Carlsberg á la de Brión dió á conocer la verdadera causa de su terrible humor.

—Se lo preguntaremos á Florencia Marsh, que viene á almorzar mañana—había dicho la Baronesa.

—¿Puedo hablarte cinco minutos?—preguntó bruscamente el Príncipe á su mujer.

Y llevándola aparte, sin cuidarse de los testigos de aquella escena conyugal, añadió:

—¿Has invitado á miss Marsh á almorzar mañana?

—Bien...—respondió ella—. ¿Esto contraría á Vuestra Alteza?

—Estás en tu casa—respondió el Archiduque—; pero no te asombrarás si yo prohíbo á Verdier que venga. No me interrumpas. Hace tiempo que lo noto. Tú favoreces los proyectos de esa joven que quiere casarse con ese mozo. Yo no quiero que se haga semejante matrimonio, y no se hará.

—Ignoro las intenciones de miss Marsh—respondió la Baronesa, cuyas pálidas mejillas enrojecieron al escuchar las palabras de su marido—. La he invitado porque es mi amiga y tengo gusto en verla. Respecto al señor Verdier, me parece que tiene edad bastante para saber si le conviene ó no casarse sin tomar órdenes de nadie. Además, si quiere hablar con miss Marsh, ninguna necesidad tiene de mi intervención. Esta misma noche quizás haya comido con ella.

—¿Ha comido con ella?—interrumpió el Príncipe exasperado—. ¿Lo sabes? responde. Sé franca.

—Vuestra Alteza Imperial puede encargar á otras personas sus espionajes—dijo la joven altivamente,

y lanzando á Laubach una mirada de desprecio y desafío.

—Basta de ironías—dijo el Archiduque—. No las aguanto. Quiero darte un encargo para tu amiga. Si no le cumples, lo haré yo mismo. Di á esa intrigante que estoy al corriente de sus ideas. Que sé, ¿lo entiendes?, que no ama á ese joven; pero que es un instrumento de su tío, el que ha tenido noticias de un descubrimiento que hemos hecho Verdier y yo en mi casa... —Y tendió la mano hacia el laboratorio.—Es una revolución en los caminos de hierro eléctricos simplemente; pero para tenerla, preciso será tener al inventor. Yo no estoy en disposición de venderme, ni de casarme; tampoco Verdier se vende, pero es joven, ingenuo, y Marsh ha lanzado á su sobrina contra él. Sé que te has puesto de su parte. Escúchame bien. Trata á los Marsh, tío y sobrina, cuanto quieras. Eres libre. Pero no te mezcles en esta intriga, ó te costará muy caro. Yo sabré hallar el medio de martirizarte. Con los millones de su tío, que esa joven compre un título, como hacen todas. No faltará un marqués inglés, ó un duque francés, ó un príncipe romano para venderle sus blasones, sus antepasados y su persona. Pero, ¡con este hombre de talento, con mi amigo, mi discípulo!... ¡Abajo las garras! Ese *yankee* haría de este cerebro privilegiado una nueva máquina de fabricar dólares. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! He ahí lo que suplico á esa señorita, y no admito respuestas... Señor Laubach...

—Monseñor...

Apenas si el ayudante de campo tuvo el tiempo preciso para despedirse de las dos señoras, pues el

Archiduque salió con la precipitación de un hombre que no puede contenerse.

—¡He ahí el secreto de su furor!—dijo la señora de Brión cuando su amiga le refirió el brutal discurso del Príncipe—. Es muy injusto. Pero más me agrada esto. Temía que supiera lo que hiciste anoche, y sobre todo la imprudencia que sabes. ¿Vas á dar contraorden á miss Florencia?

—¡Vø!—dijo la Baronesa encogiéndose de hombros y expresando un marcado desdén—; hubo un tiempo en que estas brutalidades me aterrorizaban y me rebelaban. Hoy, su rabia y su cólera me importan esto...

Al decir estas palabras había encendido, en la lamparilla destinada á este uso, un cigarrillo de tabaco ruso, emboquillado, y lanzaba por su despreciativa boca un anillo de humo azulado, que se esparció por la atmósfera tibia y perfumada del saloncillo. Formaba éste un cuadro de intimidación á las dos amigas, con sus matices dorados, sus cuadros antiguos, sus muebles preciosos, la vaguedad verde del invernadero entrevista tras una de las puertas vidrieras, y por todas partes flores, de esas hermosas flores del Mediodía, como formadas de sol. Las grandes y pequeñas lámparas, cubiertas con pantallas de delicadas telas, esparcían una luz atenuada, que se hermanaba con la llama alegre y clara de la chimenea. ¡Ah! ¡Qué poco envidiarían los desheredados de la vida esa decoración lujosa si supiesen las agonías que encierra en una silla larga, y decía:

—¿Qué efecto quieres que me causen esas miserias